

RAFAEL PIÑERO

EL JARDÍN DEL CIELO

Historias extraordinarias de santidad y martirio



Rafael Piñero

EL JARDÍN DEL CIELO

Historias extraordinarias
de santidad y martirio

 Planeta

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
I. Lugares remotos	15
II. Todo por la familia	19
III. Los santos gimnásticos	23
IV. Un prodigio fugaz y otro excesivo	28
V. Agua	30
VI. Prestidigitadores	47
VII. Conrados	51
VIII. Volar	54
IX. Dos santos, un mulo, y muchos peces y pájaros	60
X. Nidos	71
XI. Los cuatro elementos	75
XII. Las buenas amistades	81
XIII. Los mártires de Marruecos	86
XIV. No es tan fiero el león como lo pintan	95
XV. Celibato	98
XVI. Columnas	107
XVII. Sobre santos, peces y un par o tres de osos	120
XVIII. Matemática trascendental	124
XIX. La familia que muere unida permanece unida	128

I LUGARES REMOTOS

Alrededor del año 1835,¹ mientras pasaba el día rodeado de libros y de mapamundis —probablemente en el seminario de Belley de su tierra natal, Francia—, el marista Pedro Chanel consiguió descubrir una isla en la que no había aún un solo cristiano.

Por lo que pensó, muy acertadamente, que una isla como aquella era el lugar idóneo para ejercer su vocación de misionero.

Se trataba de Futuna, una isla que, incluso hoy, sigue perdida en un lugar remoto del Pacífico, muy a la derecha de una línea imaginaria entre Santiago de Chile y Nueva Caledonia. Conviene también señalar que, en los tiempos de Pedro Chanel, abundaban allí los antropófagos.

En cuanto Pedro llegó a Futuna, comenzó a predicar y convirtió y bautizó a unos cuantos indígenas. Pero con la mala suerte de que uno de ellos era el hijo del jefe de la tribu de Futuna, quien no entendía de teologías extrañas y, lo que es peor, tampoco quería entender. Furioso, el jefe lo mandó matar.²

Ejecutor de este crimen fue el malvado Musumusu, provisto de una cachiporra, quien «con un golpe feroz le clavó el hierro en el cráneo; el mártir cayó exánime. La ca-

chiporra de Musumusu llevaba instalada en su cabeza, atravesándola de parte a parte, una barra de hierro puntiaguda, con el fin de elevar sus golpes de contundentes a definitivos. Consumado su acto, Musumusu despojó a san Pedro Chanel de su sotana; otros se llevaron el resto de sus vestimentas» (*lámina 1*).³

Esto sucedía en el año 1841 y, según el *Martirologio*, san Pedro Chanel se convirtió así en el primer mártir de Oceanía.⁴ Hay, sin embargo, ciertas dudas sobre esta última afirmación, pues en el mismo catálogo se menciona la presencia, en el mismo territorio, de al menos otros dos mártires anteriores a Pedro Chanel.

En el santoral del día 2 de abril puede leerse:

En el pueblo de Tomhom, de la isla de Guam, en Oceanía, beatos mártires Diego Luis de San Vitores, presbítero de la Compañía de Jesús, y Pedro Calungsod, catequista, que fueron cruelmente precipitados al mar, en odio a la fe cristiana, por algunos apóstatas y nativos, seguidores del paganismo, en el año 1672.

La isla elegida por el beato Diego Luis fue la de Guam, en las islas Marianas, hacia las que puso rumbo desde el puerto de Acapulco, en México. Digamos de paso que el nombre de Guam se lo debe la isla al propio beato, que gustaba de bautizar también cosas inanimadas.

Llegado allí, y tras alternar épocas mejores con otras peores, según fuese el talante del que mandaba en la isla en cada momento, empezaron a pintar bastos de verdad. En un momento dado, se agudizó la resistencia contra los misioneros, liderada por Makahnas y Kakahnas —sacerdote y sacerdotisa indígenas—, pues ambos habrían perdido su importante posición como hechiceros de aquella tribu en caso de una conversión general al catolicismo.

El 2 de abril de 1672, Mata'pang y Hirao acabaron con el padre Diego Luis de San Vitores y con su ayudante Pedro Calungsod, a lanzazos, bajo el pretexto de que el primero había bautizado a la hija de Mata'pang sin autorización del jefe.

Según algunos relatos, la esposa de Mata'pang había aprobado el bautizo, pero su esposo creía que el agua usada en el bautismo era la causa de la muerte de algunos bebés desde la llegada de los españoles.

Todo esto sucedió, exactamente, ciento sesenta y nueve años antes de la muerte de san Pedro Chanel a manos de Musumus.

Dando un salto hacia adelante en el tiempo, de casi dos siglos, la historia se repitió —esta vez con el beato Juan Bautista Mazzucconi— en 1852, catorce años después del martirio de san Pedro Chanel.

Juan Bautista falleció a resultas de un hachazo en la cabeza que, sin dar pie a negociación previa alguna, le propinó el jefe tribal de la isla de Woodlark, en Papúa-Nueva Guinea, tras subir al barco en el que llegaba el misionero, con la fingida intención de saludarle.

No cabe duda de que el cielo, como el infierno, está también empedrado de buenas intenciones.

Decíamos al inicio que era correcto considerar la isla Futuna como el lugar idóneo para ejercer de misionero, pues no había un solo cristiano. Pero, reflexionando más profundamente, creemos que la idoneidad no se ha de medir por el porcentaje de cristianos, sino por el potencial absoluto de personas que pueden ser bautizadas. O lo que es lo mismo, y en términos bíblicos, por la mayor o menor abundancia de las mieses que esperan, impacientes, ser cosechadas.

Un ejemplo de ello fue san José Freinademetz, quien, junto a otro misionero verbita, el padre Juan Bautista An-

zer, viajó en 1881 a la provincia china de Shantung del Sur, que tenía entonces doce millones de habitantes, de los que sólo ciento cincuenta y ocho estaban bautizados. Un potencial de cristianización, por tanto, inmenso: en concreto, de once millones novecientos noventa y nueve mil ochocientos cuarenta y dos almas.

II TODO POR LA FAMILIA

Adornaban a Rosa, aparte de su santidad, muchas otras virtudes: piedad, caridad, devoción, belleza, elocuencia, gracia y donaire en sus acciones y movimientos, sabiduría infusa, obediencia y, sobre todo, el amor por lo divino.

A los tres años hizo votos de perpetua castidad, paciencia, mansedumbre, compasión y otros.¹ Que ya es mucho hacer, con sólo tres años de edad, cuando la mayor parte de los niños están ocupados en dejar el chupete. Y otros ni siquiera han llegado a eso.

Y, a esa misma edad, santa Rosa fue todavía más lejos: resucitó a una tía suya, simplemente pasando la mano por su frío rostro. Lo que dejó pasmada a toda la familia y, muy especialmente, a la tía, en cuanto se vio resucitada. Para la niña, sin embargo, no hubo sorpresa alguna, persuadida, como ya lo estaba, de las dotes sobrenaturales que poseía.

Llegada a la adolescencia, renovó solemnemente los votos de pobreza, obediencia y castidad, vistiéndose para ello con un hábito que hizo aparecer milagrosamente debajo de su almohada, y que llevaba como cordón el cabestro de un jumentillo.²

Santa Rosa había nacido en Viterbo, que está a trece

leguas de Roma,³ en el año 1234. Un día, mientras predicaba en la plaza principal de la ciudad, un perverso hereje, lleno de furia diabólica, pasó en medio de los oyentes y lastimó a la niña en un brazo. Ella, serenamente, le dijo que sería castigado por Dios. En efecto —aunque Dios no se mostró especialmente severo con él—, al tercer día se le cayó toda la barba y la cabellera.

En otra ocasión sucedió que, mientras estaba predicando subida sobre una piedra, la gente no podía oír su sermón a causa de la baja estatura de la joven. Fue por eso que Nuestro Señor hizo que la santa levitara, elevándose en el aire junto a la piedra, a una altura tal que todos pudieron verla y escucharla, quedando suspensa hasta terminar la maravillosa exposición, y descendiendo luego lentamente hasta su cota de origen.

Con ello, Rosa superó a la mayor parte de los santos levitadores, de los que luego hablaremos, que levantaban sólo su cuerpo o pequeñas cargas.⁴ Santa Rosa se elevó a sí misma y, con ella, a la piedra-púlpito sobre la que se encontraba.

Pasando página en su vida, la encontramos ahora en una tarde gélida de invierno, junto a sus padres, camino del destierro en dirección a la ciudad de Soriano. Y, de no ser por la protección divina, todos habrían muerto de frío aquella noche, en medio de la tempestad, porque iban escasos de abrigo y la niña descalza.⁵

Tras una larga peregrinación, llegaron a su destino, donde tuvieron un feliz recibimiento. La ciudad estaba infestada de herejes y cismáticos, pero Rosa logró convertir a muchos de ellos a la verdadera fe. Allí profetizó el fallecimiento del emperador Federico II, cruel perseguidor de la Santa Iglesia, quien, en efecto, murió ahogado días más tarde bajo una almohada, a manos de su propio hijo, poseído por la codicia y la ambición de ocupar el trono.

Este anuncio maravilló a toda la ciudad. Por este y otros prodigios, Rosa tuvo que enfrentarse con la bruja Maliarda. Con el fin de demostrar su inocencia, la muchacha se ofreció voluntariamente para la prueba del fuego, arrojándose sin titubeos a una hoguera encendida, de la que salió indemne.

Al ver esto, Maliarda se convirtió a la fe cristiana. ¡Qué menos!

Poco después, maduró en Rosa su vocación religiosa, por lo que solicitó recibir el hábito de las damianitas, pero le fue denegada la petición. Lo cual excede toda comprensión, tratándose de una aspirante que podía alardear de haber resucitado tías ya en su tierna infancia.

Santa Rosa de Viterbo fue también precoz en morir: lo hizo antes de cumplir los dieciocho años. Pero se despidió de este mundo dejando un reguero de virtud que para sí quisieran muchos otros beatos y santos que sólo abandonaron este mundo en edad muy avanzada.

Tras santa Rosa de Viterbo llega el turno de santa Wenefrid, una galesa del siglo VII. En este caso, no fue la santa quien resucitó a una tía suya, sino otro santo, tío de santa Wenefrid —y de nombre san Beuno—, quien devolvió la vida a su sobrina, decapitada por un hijo del rey al que había negado sus favores.

Este príncipe cayó fulminado, en el preciso instante en que, por obra y gracia de san Beuno, la cabeza de santa Wenefrid se volvía a unir al resto del cuerpo, dejando como rastro apenas un delgado círculo blanco alrededor de su cuello.⁶

En la categoría de plata de las acciones benefactoras entre tíos y sobrinos hay que encuadrar a san Pedro Regalado. Estando ya para despedirse de este mundo, y habiéndole administrado el obispo de Palencia la Santa Extremaunción, hizo desaparecer milagrosamente la joroba

que había acompañado a su sobrino a todas partes hasta entonces.

Otro que resucitaba sobrinos era san Francisco de Paula, quien, con ocasión de la muerte de un hijo de su hermana —el futuro Nicola D'Alessio—, procedió, sin prisa pero sin pausa, a resucitarlo. Tras celebrar misa y exequias fúnebres por el fallecido con toda normalidad, san Francisco ordenó llevasen el cuerpo a su celda, donde estuvo en plegaria todo el tiempo que fue necesario hasta que lo devolvió a la vida.⁷